

De nosotros han dicho: ¡No se toman en  
[cuenta!  
Y ellos van a los bailes; pero la Cenicienta  
bien puede mientras tanto quedarse en la  
[cocina.  
No tienen las hermanas mayores su divina  
hermosura. ¡Quién sabe! Las gentes  
[poderosas,  
medidas muy extrañas aplican a las cosas.  
Sin nombre, sin derecho, sin patria, sin  
[hogar,  
etcétera, sería muy largo de contar.  
Así como gitanos, así ni más ni menos;  
y sin embargo dicen que los hombres son  
[buenos.

Hay sólo tres palabras en la historia  
[profana:  
*Homo, homini, lupus*, ayer, hoy y mañana.  
Y apenas uno que otro Francisco servidor  
del Único que puede ser llamado Señor.  
Los que mandan son lobos, los mandados,  
[ovejas  
expuestas. ¿No decía nuestro fray Luis: «Y  
[dejas  
tu grey en este valle, hondo y oscuro?»  
[Glosa  
de las letras unciales y encarnadas, en  
[prosa.  
Una historia sin estos escollos, es un cuento;  
sólo aquellas en verso, del nuevo  
[Testamento,  
nos hablan en lenguaje manso de veraneras  
azules y rosadas y lilas: Verdaderas  
leyes para un convento de frailes  
[franciscanos  
del tiempo de Francisco, cuando buenos  
[hermanos,

### Alegre canción de los aviadores

El viento de los cielos ya no canta  
en las frágiles alas del avión,  
pero, hoy, en tierra el corazón levante  
esta alegre canción.

La danza del peligro y de la muerte  
bailamos en la altura sin temor,  
pero hoy la danza trágica convierte  
su ritmo en un fox-trot...

¡A bailar, hombres-pájaros! Bailemos  
mientras duermen las aves de metal,  
en nuestros corazones aun tenemos  
la alegría inmortal

Alegría de luz y de pupilas  
que pudimos un día humedecer  
en las trágicas hbras intranquilas  
que acaso han de volver.

¡A bailar caballeros de los cielos!  
que hoy el motor de nuestro corazón  
se olvida de sus luchas y sus duelos  
y canta esta canción!...

HÉCTOR PEDRO BLONBERG  
(Argentino)

ya lobos, ya franciscos, voces de Galilea  
iban diciendo a todos: ¡*Pax vobis!* Así sea.  
Mientras no haya venido, nosotros  
[anarquistas  
estaremos en guerra contra todos los *istas*  
de un partido cualquiera. ¡Payasos,  
[comediantes!  
Ayer igual mañana, después igual denantes.  
Intendente, ministro, candidato, banquero,  
príncipe sovieta, monseñor, altoclero,  
Carlos el temerario, gran señor industrial,  
factótum de la corte suprema, radical,  
blasfemo, presidente de alguna comisión  
para *crédito público*... todos sin excepción,

y tú mismo que vienes hablando d'estas  
[cosas,  
oprimes a tu hermano con leyes tenebrosas.  
Anarquista, si llegas a mandar, tu gobierno  
será como los otros, palabra del infierno.  
¡Cristo Rey Silencioso, Mayo, Novia,  
[Lucero,  
Arbol de Sombra, Lluvia, Mañana,  
[Carpintero  
que labras, labras, labras! .....  
.....  
A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic., 12 de mayo de 1923.

## La Vida

### LA APICULTURA

EL otro día escuché en la Residencia  
de Estudiantes una disertación  
interesante, en que intervinieron el  
sacerdote don Isidoro Hernando y su  
hermana doña Basilisa.

Fué una velada con tipo arcádico,  
en que doña Basilisa sobre todo hizo  
una cuidadosa descripción de las abe-  
jas con cariño maternal y diligente.  
Evocó ese campo lleno de solanera en  
que revuelan las abejas clásicas dán-  
dole instantaneidad. Doña Basilisa se  
destacaba en plena noche sobre la ner-  
viosa vida de los panales, como dueña  
de una fábrica afanosa y el número de  
cuyos obreros—más bien obreras—  
asciende quizás a varios millones.

Don Isidoro, cerca de ella, la asesora-  
ba; decía «sí, sí», «eso», y se veía  
que había ayudado muchas veces a su  
hermana en la vigilancia y aseo de las  
colmenas y en perseguir al lagarto  
que se pone en la puerta de los pi-  
queros y va recibiendo en las fauces,  
como bombones vivos, todas las abe-  
jas que salen.

Don Isidoro nos enseñaba la lámina  
de cera en que comienza el panal,  
y ante su leve rizadura comprendía-  
mos que la miel tiene una cosa clerical  
emparentada con la cera de las velas.

—Debajo de los dormitorios tene-  
mos los piqueros—nos decía doña Ba-  
silisa—, y ya en medio de la noche  
sentimos lo que ha pasado en la col-  
mena, si se ha muerto el príncipe o si  
es la reina, en cuyo caso la desorga-  
nización y el bullicio es terrible.

De vez en cuando surgen refranes  
muy relacionados con las abejas, y  
según los que la abeja «quiere monte  
viejo» o se queja de «que no la lleven  
caballera», pues sólo trasladando las  
torres de Babel de las colmenas de un  
campo a otro se obtiene una miel más

geográfica, en que el sabor de todos  
los montes y valles intervienen.

«Son alquimistas, matemáticas, ba-  
rrenderas», como decía doña Basilisa.

Pero cuando más elocuentes eran los  
dos hermanos era cuando hablaban de  
la reina, más prodigiosa que las otras,  
con aires de majestad y gran esbeltez,  
con más pequeña cintura y más redon-  
deadas caderas, con un amarillo oro-  
viejo de antiguo brocado.

Ellos extraen de las colmenas mu-  
chas clases de miel, miel de romero,  
miel con esencia de acacias, miel con  
esencia de primera florada, de segun-  
da, de última florada. Hasta hay una  
miel picante, que es la que se consi-  
gue en la Rioja, en regiones en que  
hay muchas guindillas.

En esa distracción, en esa película  
con la que uno se distrae mientras el  
disertante habla, aparecían valles lle-  
nos de flores amarillas, labiadas, con  
polen color canela, y se veía a las  
abejas en ese momento sensual, volup-  
toso, cimbreado, de posarse en las  
flores con gesto de trance de amor y  
de ataque espasmódico, gesto goloso  
de probar las cosas con el dedo...

Pocas conferencias tan inefables y  
con tanto paisaje como esta de doña  
Basilisa, defendida por la sombra en  
pie de su hermano el sacerdote api-  
cultor.

Después de la conferencia nos acer-  
camos a los pedazos de panal que  
doña Basilisa había llevado para que  
pudiéramos despertar en el claustro  
de los alvéolos a las abejas. «¿Quiere  
ustedes ver una reina?», y doña Basi-  
lisa despertó a una reina y la malogró,  
lo cual se notará en la historia de la  
monarquía femenina de las abejas.

De vez en cuando surgían palabras  
clásicas, como «el propeleo», del que  
casi no hay distancia hasta «el propi-